



Vacaciones forzadas

por L. D'ANDRAITX

Montones de libros esperan sobre mi mesa. Novedades, cosillas, que uno quisiera leer y que aguardan unos largos minutos de calma; calma que no llega, en el vivir agitado de un loco verano.

Un pliegue de cuartillas medio escritas, medio blancas, esperan también su turno, dentro las tapas rojo ladrillo de una vieja carpeta de cartón.

El tiempo ha perdido, en el verano, su preciada consistencia; las veinticuatro horas del día se volatilizan al calor y al agobio de un sol ardiente, de los crepúsculos cálidos, de las noches estridentes.

El escritor, que quisiera seguir trabajando, no haber perdido un ritmo querido, se desazona en impotencias. Y en astutos malabarismos juega a robarle tiempo al tiempo. Pero todo es en vano: con sus minutos en la mano, constata el escritor que la calma, la paz necesaria a todas las cristalizaciones ha huido; se ha perdido entre el griterio y la agitación del carnaval veraniego, que da a su pueblo, al pueblo propio, rostro y aspecto desconocidos.

Uno no ha dejado su casa ni su ciudad risueña, pero salvo las lejanías y la intimidad de la alcoba, todo lo demás se viste con un ropaje distinto, casi hostil, enemigo. Uno quisiera evitar enojosas interferencias en el orden, en el ritmo de las horas, pero, quiera uno o no, ahí están cien mil turistas invadiéndole el silencio, los azules y los días. No siempre quien llega es el amigo querido a quien con gusto acompañamos; las más de las veces son simples conocidos de algún familiar lejano, tan lejano, que se nos perdió el nombre en el recuerdo, y el parentesco en el saco del olvido. Llegan, lo sacan a uno de su casa con el manifiesto deseo de «ver», ver, simplemente, todo lo posible, en su corto período de asueto. Y, en no descuidada galantería, uno se convierte en cicerone obligado. Obtuso corretear por lugares sabidos y amados, que avaros se encierran en su secreto y guardan sus dádivas, al paso rápido e incierto, a los ojos que, por sólo querer ver, no miran nada, ajenos al quietismo de las auténticas contemplaciones.

Ver, ver mucho; poder añadir nombres y más nombres de pueblecitos, de rincones de nuestra tierra, en su carnet de viaje o en su fugaz recuerdo.

El verano es largo y las visitas asiduas. Y el escritor acaba odiando su bendita galantería. Punto y aparte y se acabó! Y tras el propósito de permanecer en casa, de mantenerse al margen de una vana y febril actividad, se encierra en su despacho con la loca esperanza de suponer sus paredes muro de un bastión inexpugnable.

Abiertas las ventanas, corridas las persianas, se quedó el calor en la calle, pero los ruidos del tráfico, el griterio de los que pasan, las radios de los vecinos, ecos de bailes y sardanas penetraron en la estancia, y su sagrado silencio es menos que una palabra, una leyenda, un mito.

No hay paz de día ni se halla calma en la noche!

Se impone una tregua!!

Sin ganas de vacación, hay que vagar. Sin veranear hay que acogerse al ritmo del veraneante.

Deja el escritor su pluma, su hollado refugio, y como un turista más recorre callejas sabidas, extraño y alejado, y cuando se cansa, bajo un parasol pintado, sorbe de una pajita un refresco de color con cristallitos brillantes.

Paciencia! No hay escapada!

Vive el escritor sus forzadas vacaciones como un auténtico condenado.

Después de ellas, quiera Dios concederle un reparador descanso!!

Septiembre abre promesas al frío y a la calma.

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS



25 DE SEPTIEMBRE DE 1952

Algo más sobre «El Legado Cambó»

Séanos permitido echar también nuestro modesto cuarto a espadas en esta lamentable cuestión que por lo que hemos podido colegir del fragor de la polémica, tan solo ha sido considerada hasta aquí, y comentada, bajo el triple aspecto artístico-crematístico-jurisdiccional.

La «litis», como dicen en su argot los juristas, es de creer que, más tarde o más temprano, alguien la resolverá que... «doctores tiene la Ley...» y puede que hasta harto sobrantes.

Pero nosotros, empedernidos afectistas temperamentales, preferimos contemplar esta, ya célebre, cuestión desde un ángulo más amable en el que nada tiene que hacer, gracias a Dios, el prosaico papel sellado, ese arcaico y, por lo visto, imprescindible, vehículo de esos horrendos «considerandos» y «resultandos» de tan fertilísima aparición en la adusta esfera de lo litigioso.

Nosotros queremos aludir al ángulo de lo afectivo, a esa región de lo cordial y entrañable, que ya sabemos suele tener muy escaso peso específico en los patillos de la balanza de Temis, pero que no titubeamos en afirmar, aunque ni el más mínimo detalle conocemos aparte de los que en la prensa han sido aireados, que en el caso concreto de este prócer catalán que en vida se llamó Don Francisco Cambó y Batlle, existió en un arrollador

porcentaje en el complejo de su voluntad al disponer el pictórico y, al parecer, codiciadísimo legado.

A Cambó político, como a todos los políticos de todos los tiempos y de todas las latitudes, se le podrán poner tachas, que, en todo caso, la gran niveladora ya cuidó de dejar definitivamente prescritas. Pero una cosa, una virtud, no le podrá ser regateada, honradamente, por nadie; y ésta es su casi podríamos decir fanático culto afectivo a la tierra que le vio nacer, culto que en él, espíritu finísimo, adquirió matices de auténtico, jamás olvidado, amor filial.

¿Podrá alguien dudar, ya sea jurista, ya gobernante o ya simple espectador, lo mismo si es de aquende que de allende los mares, de la verdadera, única intención del munificente legador? Muy poco esfuerzo de imaginación se necesita, a nuestro entender, para llegar a la fiel reconstrucción de la escena en el breve y dramático transcurso de la cual el hijo, pensando, soñando, más bien, en su lejana tierra añorada, expresa su última voluntad, quién sabe si sintetizada en una sola palabra, y señalando con su índice nervioso y docto en folios escriturales, unos renglones del pródigo inventario de bienes, balbucea trémulo de emoción: «Barcelona»; mientras el escribano, automático actuante, cumple su ofi-

cio y al final *da fe*; una fe no tan auténtica, con serlo mucho, como la que, con su gesto, acababa de dar el otorgante.

Y otro matiz aún. Nosotros, llevados de nuestro incorregible afán captador de humanísimas reacciones, creemos descubrir en el generoso gesto de Cambó, un postrer acto de humildad; si, hemos dicho humildad, y refiriéndonos a él, a ese nuevo Crespo que en el mundo pudo, quizá, tenerlo todo o casi todo. Un hermoso gesto de sublime humildad ante el ARTE (sin ser éste que comentamos el primero ni el único que tuvo en su vida de desinteresado Mecenas), como si, en trascendente soliloquio, se dijese: — «Yo que no pude crear arte, pero que supe crear riqueza, de ésta, de lo que dispongo, me sirvo para rendir humilde vasallaje a esa partícula divina que, en su suprema bondad, Dios quiso depositar en el alma selecta de unos pocos hombres elegidos.»

Chesterton, empleando su tono enfático-polémico, dice en su por tantos conceptos aleccionador libro «El Hombre Perdurable», que el Arte es la firma del hombre; es decir, lo que en forma radicalmente inquestionable le distingue del resto de los seres creados. Y D. Francisco Cambó y Batlle, producto humano de selección, sabía perfectamente esto también. Y ahí está su gesto confirmándolo.

E. Bardas P.

CORREO DE BARCELONA

A partir del día 10 han empezado a circular en Barcelona 50 nuevos y espaciosos taxis. No es que con ello se haya solucionado el problema del transporte mediante este sistema de locomoción, en manera alguna; lo único que se ha hecho, cosa muy loable por cierto, ha sido modernizarlo, puesto que simultáneamente han sido retirados del «servicio activo» otros tantos vetustos y raquíticos taxis.

Otra novedad taxística. A contar del 1.º de Diciembre próximo queda prohibido el empleo del gasógeno. Ello, suponemos nosotros, será debido a que hay gran cantidad de gasolina, ¿a qué viene pues esa pesetita de recargo?

En la Plaza de Cataluña, de la Universidad y en muchos otros céntricos y espaciosos

lugares, han hecho aparición los carteles, el cartel, anunciador de las Fiestas de la Merced.

Quizás en el aspecto técnico tenga un elevado valor artístico, lo ignoramos. Pero lo cierto es que de los 40 carteles, que se expusieron en el Palacio de la Virreyna, hubiese sido una de los últimos que hubiésemos escogido.

Que se simbolice y encarne el espíritu de la Fiesta en honor de Ntra. Señora de la Merced en una nueva familia Ulises, montados en un tióvivo y con un... espantaviejas. Suerte aún, que al fondo se divisa la estatua de Colón, que si así no fuese, podríamos creer si se trata del carnaval de Bora-Bora.

Verdaderamente hay gustos que merecen palos.

A partir del día 15 fondearon en el muelle de Barcelona el portaaviones «Glory» y tres buques de su séquito en «visita de cortesía».

Cuando subido sobre su plataforma escuchábamos la serie de barbaridades que con sus artefactos, aviones, radar, antiáereos eléctricos, y que sé yo cuantas cosas más, me dije para mis adentros «Ahí tienes el Progreso»

Han causado gran satisfacción las declaraciones del señor Acedo en cuanto a los asuntos que atañen a la ciudad condal y que, según Su Excelencia, Barcelona será equiparada en todos los órdenes a los privilegios de la Capital del Reino.

Espejo